

# ESCUELA DE ORACIÓN



Colección “Raíces de la fe”

BENEDICTO XVI

# ESCUELA DE ORACIÓN

Catequesis del Papa

(2 febrero 2011 - 7 marzo 2012)



Ciudad Nueva

3ª impresión: septiembre 2013

© de la traducción: Libreria Editrice Vaticana

Preparado por: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

Imagen de cubierta: J.-F. Millet, *El Ángelus* (1857-1859),  
Museo de Orsay - París

© 2012, Editorial Ciudad Nueva  
José Picón, 28 - 28028 Madrid  
[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-251-8

Depósito legal: M-17.189-2012

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

## *Presentación*

Después de los Padres de la Iglesia y los grandes maestros y místicas medievales, el papa Benedicto XVI continúa formando al pueblo de Dios en sus catequesis de los miércoles, y ha escogido para ello un tema crucial: la oración.

¿Qué es la oración?

«Sed de infinito, nostalgia de eternidad, búsqueda de belleza, deseo de amor, necesidad de luz y de verdad que lo impulsan hacia el Absoluto... El hombre lleva en sí mismo el deseo de Dios», dice el Papa. Un anhelo que parte de la «conciencia de su condición de criatura y de su dependencia respecto a Otro superior a él y fuente de todo bien. El hombre de todos los tiempos reza porque no puede menos de preguntarse cuál es el sentido de su existencia, que permanece oscuro y desalentador si no entra en relación con el misterio de Dios y de su designio sobre el mundo. La vida humana es un entramado de bien y de mal, de sufrimiento inmerecido y de alegría y belleza, que de modo espontáneo e irresistible nos impulsa a pedir a Dios esa luz y esa fuerza interiores que nos auxiliien en la tierra y abran una esperanza que tras-

pase las fronteras de la muerte». El hombre es religioso por naturaleza porque sabe por experiencia que no se basta a sí mismo. Según Wittgenstein, «orar significa sentir que el sentido del mundo está fuera del mundo».

Esta dimensión religiosa, presente ya en las culturas paganas, tiene su pleno cumplimiento y expresión en el Antiguo y en el Nuevo Testamento: la Revelación purifica y lleva a plenitud el anhelo originario del hombre hacia Dios y le ofrece la posibilidad de una relación más profunda con el Padre por medio de la oración.

La oración no se pueda dar por supuesta –dice el Papa–; hace falta aprender a orar: es un arte que hay que adquirir siempre de nuevo. Y para ello nos propone acudir a una «escuela de oración». De este modo, aborda la historia de la salvación partiendo de las grandes figuras del Antiguo Testamento; lo hace desde una perspectiva universal, válida para todas las culturas y para los hombres de todos los tiempos. Así, cuando nos presenta la oración en Abraham, Jacob, Moisés o los profetas, hace también una referencia al hombre de hoy.

En una especie de «inciso vacacional» y haciendo gala de una exquisita sensibilidad, Benedicto XVI dedica varias catequesis a la vida contemplativa, a la oración mental o «meditación» y al arte –«puerta abierta al infinito»–, como otras tantas ayudas privilegiadas para entrar en comunión con Dios.

A continuación el Papa fija su atención en los Salmos, «el libro donde encuentran expresión todos los senti-

mientos que acompañan la existencia del ser humano: alegría y sufrimiento, deseo de Dios y percepción de indignidad, felicidad y sentido de abandono, confianza en Dios y dolorosa soledad, plenitud de vida y miedo a morir...». Toda la complejidad de la existencia humana se expresa gracias a las distintas formas literarias de los salmos: himnos, lamentaciones, súplicas individuales y colectivas, cantos de acción de gracias, salmos penitenciales y otros géneros que se pueden encontrar en estas composiciones poéticas. Los salmos se dan a los creyentes precisamente como texto de oración, para que aprendamos a dirigirnos a Dios, a hablarle de nosotros con sus palabras incluso en medio de las dificultades, problemas y oscuridades de la vida, pues Dios siempre está cerca, escucha, responde y salva. Pero es necesario saber reconocer su presencia y aceptar sus caminos.

En esta «escuela de oración», la lección magistral nos la da con su ejemplo el propio Jesús, el hombre de oración por excelencia, en quien «la oración es plenamente revelada y realizada». Los Evangelios nos describen a Jesús en diálogo íntimo y constante con el Padre: es una comunión profunda de aquel que vino al mundo no para hacer su voluntad, sino la del Padre, quien lo envió para la salvación del hombre.

En el trasfondo de esta extraordinaria oración está toda la existencia de Jesús vivida en una familia profundamente vinculada a la tradición religiosa del pueblo de Israel. «¿De quién aprendió Jesús a orar?», pre-

gunta el *Compendio del Catecismo*. Y responde: «Conforme a su corazón de hombre, Jesús aprendió a orar de su madre y de la tradición judía. Pero su oración brota de una fuente más secreta, puesto que es el Hijo eterno de Dios que, en su humanidad santa, dirige a su Padre la oración filial perfecta». Esta parte dedicada a la oración de Jesús culmina con una catequesis –de gran belleza y profundidad– sobre el *silencio*: el silencio marca la existencia terrena de Jesús, sobre todo en la cruz: allí Jesús experimenta el silencio de Dios; allí «el Verbo enmudece, se hace silencio mortal, porque se ha *dicho* hasta quedar sin palabras, al haber hablado todo lo que tenía que comunicar sin guardarse nada para sí». También el hombre, a ejemplo de Jesús, ha de hacer silencio para acoger la Palabra –como María, «mujer de la Palabra y del silencio inseparablemente»– y estar preparado para afrontar el silencio (que no la ausencia) de Dios.

Cerramos este primer volumen sobre la oración con un apéndice que recoge varias catequesis de Benedicto XVI sobre algunos santos y santas que han sido proclamados doctores de la Iglesia por su eminente doctrina. Hombres y mujeres que, con sus vidas, han sido faros para muchas generaciones y que manifiestan de distintos modos la presencia poderosa y transformadora del Resucitado. Estas catequesis, aunque anteriores en el tiempo, ilustran de modo sublime esa sed de Dios que existe en lo más hondo de nuestro corazón, ese deseo de ver a Dios, de buscar a Dios, de estar en diálogo con Él y de



ser sus amigos, «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama», como diría Teresa de Jesús, pues «quien reza, se salva», en palabras de Alfonso María de Ligorio. Y concluye este apéndice con una catequesis sobre la santidad, «la plenitud de la vida cristiana», que «no consiste en realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos... Es ser semejantes a Jesús», de modo que, como dice Pablo, «ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2, 20).

En una época con evidentes signos de laicismo, en que Dios parece haber desaparecido del horizonte de muchas personas, vemos al mismo tiempo muchos signos que indican un despertar del sentido religioso, un redescubrimiento de la importancia de Dios para la vida del hombre, una exigencia de espiritualidad, de superar una visión puramente horizontal y material de la vida humana. En este marco, el Papa nos invita a todos a abrirnos a la acción del Espíritu Santo, que transforma nuestra vida, y a ser teselas del gran mosaico de santidad que Dios va creando en la historia, a fin de que el rostro de Cristo brille en la plenitud de su esplendor.

EL EDITOR

